



EL DIA 26 DE FEBRERO DE 1909
A LAS NUEVE A. M.
FALLECIO REPENTINAMENTE EN LA CIUDAD DE MEXICO

EL SR. DR.

D. JOSE RAMOS,

Vicepresidente de la Academia N. de Medicina de México
Socio titular desde 1888.

D. E. P.

A L O C U C I O N
PRONUNCIADA EN NOMBRE DE LA
ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA,
EN LOS MOMENTOS DE INHUMARSE EL CADÁVER DEL SR. DR.
DON JOSE RAMOS.

Nada hay más natural, nada hay más justo que los que estuvimos á su lado cuando derramaba su ciencia y sus talentos, vengamos junto al señor Doctor Don José Ramos, cuando va á guardarse en la fosa el cuerpo que envolvió su alma de hombre bueno, su espíritu de sabio. Y porque es natural, porque es muy justo, la Academia Nacional de Medicina ha querido venir al cementerio con el que fué su orgullo y me manda dejar una corona sobre la tierra que cubrirá sus restos.

La poca significación de mi persona en nada amengua el valor del homenaje al sabio, y del recuerdo al amigo, porque yo soy tan sólo la mano reverente que deposita la flor.

En vano intentarían mis labios pronunciar un elogio, pues poco sería el valor de éste siendo esos labios tan humildes y no ha menester elogios quien se encuentra rodeado de amigos que palparon sus méritos. Para hacer comprender lo grande de la pérdida; para explicar la dolorosa conmoción que ahora sentimos, me basta señalar con una mano los recuerdos que del muerto traemos en el pecho y con la otra, ese ataúd cubierto de paños negros. En el duro contraste que nos presenta este cuadro, que carece en absoluto de claro-oscuro, está condensada toda la crueldad de estos momentos y toda la razón de nuestra dolorosa sorpresa.

Cuando se cierra un libro y la rígida lámina de su cubierta cae sobre la palabra "FIN," ese libro cerrado nos deja el sentimiento de una obra completa, de un trabajo concluído; pero cuando en mitad de un manuscrito, en el que se derramaba el pensamiento y se extendía el altruismo, cae de pronto un inmenso borrón que cubre de negro la blancura de la hoja, entonces es muy distinta la impresión que sentimos y tenemos la conciencia de que hemos dejado de recibir algo de lo que debía estamparse en el papel.

Hay lápidas que, como la cubierta de los libros, guardan bajo su rígida superficie vidas que se cumplieron, misiones que se llenaron y hay veces, como ésta, en que el obscuro vacío de un sepulcro cubre con sus sombras la blancura de una vida que no se había escrito por completo, y en estas ocasiones sentimos los que aún estamos en pie esperando nuestro turno de caer en la fosa, que la muerte nos ha robado algo, que hay algo que teníamos derecho de esperar y se nos ha arrebatado. Entonces, no nos queda otro recurso para consolarnos de nuestro dolor y para rendir un homenaje al que nos deja, que traer á su tumba una flor y una lágrima; aquella símbolo de la justicia que los vivos hacen á los méritos del muerto, manifestación la otra del dolor de nuestros corazones.

Eso traemos ahora al sepulcro del señor Doctor Ramos; esas dos fueron, probablemente, sus dos únicas aspiraciones; que se hiciera justicia á sus méritos y que lo llorara el cariño. Las dos aspiraciones se han cumplido. Descanse en paz.

Dr. Juan Peón del Valle.

GACETA MÉDICA DE MÉXICO

PERIODICO

DE LA

ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA DE MEXICO.

TERAPEUTICA.

Un uso más extenso de la balneoterapia, sobre todo en las enfermedades agudas de los niños, debería substituir á algunas de nuestras censurables prácticas terapéuticas.

No habrá sido sin resistencia, principalmente de parte de las familias y, un poco, de cierto número de médicos; pero el caso es que en la actualidad se ve, día á día, disminuir la prevención con que en un principio se recibiera la balneoterapia aplicada al tratamiento de las fiebres y de algunos otros estados patológicos.

No pretendo decir con esto que me parezca estar próximo el advenimiento de una época en la que los baños hayan acabado de conquistar prácticamente, entre nosotros, todo el dominio terapéutico á cuya reivindicación tienen derecho, y del que, hoy por hoy, sin razón, una buena parte está en poder de la antipirexia medicamentosa, cuando no en el de la acumulación injustificada de drogas de toda especie. Pienso, por el contrario, que al igual de otras cosas médicas con significación de adelanto, no está ello fuera de la exigente regla de implantación efectiva de todo progreso humano, de requerir medio adecuado de vida. Decir que nos penetra el progreso universal, no es expresar que avance por camino llano.

Los efectos benéficos de la balneación en los estados febriles, mayormente en los de causa toxi-infectiva, me complazco en reconocer que somos muchos los que en mucho los tenemos; los que por poco que juzgáramos conveniente ó necesario dar nuestra opinión acerca de ellos, no estuviésemos dispuestos á hacer su

elogiosa enumeración: descenso de la temperatura febril; acción sedante sobre el sistema nervioso excitado; aumento de la amplitud con disminución del número de los movimientos respiratorios dispneicos; regularización de la función circulatoria alterada; acrecencia de la secreción urinaria deficiente, etc., etc. Y así tenía que ser. ¿Hay, por ventura, algún medicamento ó alguna asociación medicamentosa capaces de presentarse como rivales ventajosos del agua, para producir tales beneficios en los estados febriles mencionados, y dignos, por tanto, de merecer la preferencia? Si por de pronto no nos es permitido asegurar que no existan, sí puede afirmarse, por lo menos, que hasta hoy no se ha dado con ninguno.

Y sin embargo, cuán poco es, relativamente, lo que se acude entre nosotros á este gran recurso de fisioterapia; quién sabe qué extraña tendencia nos arrastra, por modo casi invariable, á armar de punta en blanco á nuestros enfermos en el obligado arsenal farmacológico; sin pensar en la posibilidad de que las armas de ataque, y el escudo, y la armadura, sumen su propia pesadumbre á la de las lesiones inferidas por la enfermedad, para producir un funesto consorcio determinante del doblegamiento abatidor del organismo atacado: justificando así el dicho de ser nuestra medicina *el arte de introducir cosas que uno no conoce, dentro de otra que conoce menos*. En esto es donde he creído encontrar la principal explicación del auge alcanzado, en nuestro medio, por esa especie de espiritismo de la medicina que se llama la homeopatía.

Es noción médica vulgar la ley biológica que dispone el surgimiento de reacciones defensivas en el organismo, emanadas de elementos preexistentes de combate, siempre apercebidos, en la ineludible lucha á que los requiere cualquier ataque morbífico, á desplegar todos los esfuerzos correspondientes de su energía reactiva. En todas las enfermedades el fenómeno es patente; pero es en la clase de las agudas donde vemos las más acabadas y las más numerosas victorias, ó sean curaciones, obtenidas por las solas fuerzas naturales de defensa orgánica, sin nuestra intervención, y hasta, á menudo, *á pesar de ella*. Y cabalmente este conocimiento, con ser tan elemental aun en la mayor parte de sus detalles, es el que parece ser tenido en menos consideración en la práctica diaria de nuestro arte, cuando vemos el

cúmulo de recetas subintrantes y, muchas veces, con cara y cuerpo de parodias de triaca, prescritas durante la evolución de una enfermedad aguda, no importa de qué especie ni cuál forma. Si hubiera de juzgarse por los procedimientos seguidos tan á menudo para tratar esta clase de dolencias, á diario se presentarían indicaciones nuevas que llenar forzosamente con remedios de botica; y esto, una, dos, tres veces al día, según el número de visitas hechas al paciente: como que visita y receta, puede decirse que han acabado por constituir un todo formado de dos cosas inseparables. La gente está acostumbrada á eso, cree que ello debe de ser así, y manifiesta extrañeza, desagrado, ó ambas cosas, cuando el médico sostiene por varios días la misma fórmula; sin que haya para qué decir el concepto que se suelen formar de aquél que, llamado á ver un enfermo, y no encontrándola justificada, no deja escrita la consabida receta; máximamente cuando "no habiendo quedado la familia satisfecha" de este proceder, como dicen, es ido á traer un segundo médico que sí la escribe, porque "*es necesario dejar contentos á los clientes,*" según se dice á media voz entre los mismos médicos; ó bien, "*es conveniente obrar sobre el lado moral de los enfermos,*" conforme lo expresa la invariable explicación que se da en caso de tener que hablar en voz más alta. Y conste que estos considerandos los hago refiriéndome á lo que, por darle un nombre, llamaré el ejercicio regular de la medicina, y haciendo, por consiguiente, punto omiso de las consultas de botica, lo mismo las gratis ú ostensibles que las encubiertas, donde la multiplicación de las recetas suele ser la consecuencia del interés en comandita del médico y el boticario; así como también, por no venir á cuento, de la forma de asistencia médica, usual en ciertas igualas ó contratas, y de otras muchas cosas que también sé, pero no quiero decir hoy.

Ya se ve cómo no debe parecer extraño, sino antes bien, lógico y natural, que en nuestro amplio campo de libertad profesional y de otras libertades, ayudado por nosotros mismos á cultivar de manera tan propicia, pueda alcanzar exuberante florecimiento, no sólo la homeopatía, sino también todo linaje de groseros charlatanismos, como el del maravilloso descubrimiento de una "*tuberculina para hacer escupir los tubérculos*" y el de las estupendas virtudes curativas del inmundo aguardien-

te llamado *Peruna*: dos ejemplos entre mil de los profusamente anunciados por la prensa diaria, y que á falta de cosa mejor, convendría denunciar: el primero, ante nuestros altruistas predicadores de la lucha antituberculosa; el segundo, ante las sociedades antialcohólicas.

Muy de cerca y varias veces se me ha presentado la oportunidad de juzgar, comparativamente, los efectos obtenidos con esa especie de activo ultrafismo terapéutico, practicado por no pocos médicos, y los debidos al indolente método de expectación pasiva é invariable de los homeópatas, hábilmente disfrazado con gránulos de azúcar. Y la verdad es que, aun sin contar con los errores de diagnóstico, fuente fecunda de yerros trascendentales, los resultados de la comparación en muchos de los casos vistos por mí y pertenecientes á series que abundan, son en desdoro de esa nuestra terapéutica, cuando tan mal se la ha entendido, ó lo que es peor, cuando se la ha hecho servir á intereses que no son precisamente los de los enfermos. Y cuenta que al discurrir sobre esto, para nada me acuerdo de las recetas denominadas de complacencia, cuyo sólo apellido las moteja, y de las que ya se trató en esta Academia cuando hizo su última lectura el Sr. Dr. Altamirano.

En suma, á diferencia de los homeópatas,—aunque muchos de ellos no lo entiendan, y los que lo entienden no lo quieran confesar,—que dejan sistemáticamente á los enfermos abandonados á sus propias fuerzas de defensa natural, las cuales conducen muchas veces, por sí solas, á la curación, entre los médicos existe la tendencia, á menudo convertida en hecho, de ministrar exageradamente drogas inútiles y aun perjudiciales. Lo primero es censurable, cuando menos, porque á cambio de una cura problemática, priva á muchos enfermos de una curación segura mediante el empleo de medicamentos de acción específica, científicamente demostrada; y porque no deja aprovechar á otros el aumento de probabilidades de sanar bajo la influencia de un tratamiento bien dirigido. Lo segundo también lo es, porque puede ir á entrometer un estorbo nocivo á la marcha natural de una dolencia curable de suyo; ó, cosa peor, exacerbar el daño existente, y aun agregar otro nuevo, dando así la razón al dicho vulgar de ser á veces los remedios peores que la enfermedad.

Si la acumulación, lo mismo que cualquiera otro mal modo

de administración de los medicamentos, es en general una cosa detestable, me parece serlo más cuando se trata de enfermedades agudas; y mucho más todavía en el caso de las que hacen presa en el organismo delicado de los niños, donde es tan común obtener curaciones enteramente satisfactorias, con sólo seguir una higiene terapéutica bien entendida.

Y bien, justamente los grandes beneficios que en el tratamiento de las enfermedades agudas de la infancia reporta el uso del medio inocente representado por los baños, en lugar del empleo de las drogas, con harta frecuencia dañoso por desmesurado ó por incongruente, es el asunto que me ha servido de pretexto para mal zurcir este aglomerado de renglones.

Queda sobreentendido, por supuesto, que no predico la completa supresión de las curas medicamentosas, sino su reducción á lo estrictamente indispensable; como tampoco aconsejo el empleo sistemático y exclusivo de la balneoterapia, sino su generalización á innumerables casos en que no se la utiliza ó en que poco se la usa; pero ya se echa de ver que no son escasos, por cierto, los en que sí considero á los baños como un medio suficiente, por sí sólo, para llevar á buen término la curación de los enfermos. Y es cosa bien sabida, é inútil por lo mismo de recordar, que este medio, inofensivo en su esencia, y poseedor de actividad real, se encuentra á enorme distancia, tanto de los venenos de la botica, como de la inutilidad de las diluciones homeopáticas. En cambio, no me parece por demás el traer á colación que la infancia se presta mucho mejor á un empleo muy fácil, y por tanto más extenso de los baños, que las otras edades: por un lado, á causa de ser casi nulas en ella las dificultades materiales de aplicación del método; por otro, debido á la rareza de las contraindicaciones.

Para darle de una vez forma definida á mi pensamiento, afirmo, con la más profunda convicción, que en tratándose de las enfermedades toxi-infectivas de los niños, las de todos los días, por decirlo así, para el médico pediatra, nunca deja de tener aplicación utilísima la balneoterapia, por poco que la dolencia presente cierto grado de intensidad; y que entre nosotros se hace necesario generalizarla más y oponerla, en lo posible, á esa manía de las prescripciones farmacológicas que nos ha invadido.

Probada está de sobra la importancia de los baños, asociados á la dieta y á las inyecciones de suero, en el tratamiento de las múltiples formas révestidas por las infecciones gastro-intestinales de la primera infancia; tampoco necesita mayores demostraciones de eficacia la acción saludable de la balneación sola, en las infecciones agudas del aparato bronco-pulmonar del niño; y apenas hace falta recordar que las fiebres eruptivas están sujetas á la jurisdicción del agua, fría ó tibia, según los casos.

Los efectos de la balneación, ya enumerados al principio de este estudio, dan cuenta perfecta de cómo puede el agua corregir manifestaciones sintomáticas causantes de pena ó engendradoras de peligro; de por qué ayuda á sostener las fuerzas de la defensa natural; y hasta dónde puede ser capaz de reavivar las energías orgánicas desfallecientes. El médico que tenga siempre presente la bondad de esos efectos, y no sea de los desdeñosos de tener que habérselas con su conciencia, por fuerza se sentirá inducido á aplicar muchas veces, innumerables veces, esta terapia, tan fácil como inofensiva y tan inofensiva como benéfica.

Sé muy bien que la actividad terapéutica que censuro, máxime la que raya á veces en desorden inconcebible y en locura, la verdaderamente tumultuaria, donde todo el empeño del médico parece estar concentrado en la obtención de un hartazgo de medicamentos, suele ser debida á los muchos errores de diagnóstico cometidos por todos los médicos día tras día; errores de los que, si nuestras sociedades de medicina, trasuntos de sabiduría, toman nota rara vez, es bastante menos raro que la tomen las familias de los enfermos, no obstante estar acostumbradas, por lo común, á quedar satisfechas con explicaciones que no entienden, pero se figuran ó, al menos, afectan comprender perfectamente. Pero aunque esta causa explique en parte el procedimiento, jamás podrá quitarle la tacha de vituperable.

Las apreciaciones consignadas hasta aquí no necesitan, en rigor, justificar su legitimidad mediante la exhibición de casos concretos y detallados, equivalentes tal vez á acusaciones personales que no hago, ni quiero hacer á nadie; esa justificación se encuentra yendo á tocar á las puertas del recto criterio y de la conciencia de los médicos que hayan conservado la libre pose-

sión del uno y de la otra. Como que los casos que sirven de apoyo á tales apreciaciones están constantemente á la vista de todos los que en ellos quieran parar mientes.

Voy, sin embargo, á relatar, á grandes rasgos, algo de lo que se ve no pocas veces, á fin de hacerlo servir para aclarar, siquiera en parte, la inevitable difusión que campea en éste como en todos mis escritos.

Enferma un niño de pecho. Antecedentes, padre sin tacha: es un empleado de alta categoría de no importa qué oficina; trabaja todos los días, hasta las dos de la tarde, y llega á su casa á comer una ó dos horas después, porque desde hace muchos años, siguiendo una costumbre bastante generalizada, hace escala en la cantina para tomar la copa—que son cuatro ó cinco y á veces más, de un licor fuerte;—es dispéptico, nervioso, irritable, y últimamente ha dado en despertar por la noche sobresaltado y presa de alguna alucinación terrorífica; pero esto es debido al exceso de trabajo, y se ofendería si se le dijera que es un alcohólico. La madre es una histérica espiritual y romántica, flacucha ó de gordura fofa, y con cicatrices de supuraciones ganglionares en el cuello; ha sufrido mucho á causa de las enfermedades de sus hijos, á quienes siempre ha querido con adoración y con los que ha sido muy desgraciada, pues sólo le quedan dos, después de haber tenido cinco y dos abortos; si no fuera por sus amistades y por las delicadas atenciones de su marido, habría muerto hace ya mucho tiempo; no toma alcohol, sino cuando hace ó recibe visitas, es decir, casi todos los días, pero solamente una ó dos, muy rara vez tres *copitas* de un buen coñac ó tequila. El hermanito, de seis á siete años, presenta la facies característica del linfatismo, engastada en un cráneo natiforme, y un cuerpo grueso en apariencia, á fuerza de muchas piezas de ropa de lana. El pobrecillo ha sido siempre muy delicado de salud: si vive es merced á que se le cuida como exótica planta de invernadero, y gracias á que los médicos, por un lado, le han hecho ingerir toda clase de reconstituyentes, y los padres, por otro, no dejan de darle vinos tónicos de los que se anuncian al amparo de certificados suscritos por médicos, á quienes forzosamente *ha de constarles* la eficacia real y la inocuidad completa del producto comercial cuya adquisición recomiendan al público; respecto á su inteligencia, constituye el mayor orgullo de

los padres, por ser de lo que hay poco: baste decir que en el teatro, á donde se le lleva á distraerse todos los domingos en la noche, no pierde ni el menor detalle de la representación, y que al regreso, después de media noche por lo común, pero hecho, como es natural, bajo gruesos abrigos y en coche cerrado, no dejaría de estar repitiendo con una exactitud admirable las escenas más interesantes, si no se le obligara á callar para hacerlo dormir.

Causas á que atribuir la enfermedad del bebé, no existen. Es cierto que la víspera, con motivo de la fiesta de aniversario del matrimonio, en la que todo el mundo comió y bebió con la abundancia habitual en tales casos, estuvo la señora muy atareada, primero en los preparativos y luego en atender á los concurrentes, razón por la cual el niño se pasó todo el día tomando leche esterilizada; pero ya otras veces también la había tomado, sin resultarle ningún daño aparente. Además, en la noche había llamado la criatura bastante bien: por más señas que la mamá sintió gran consuelo en descargar sus pechos, tan llenos, que ya la leche se salía sola. En la mañana, al despertar, el niño volvió á mamar casi tan bien como en la noche; sin embargo, entonces pareció hacerlo con avidez, como si tuviera sed, y se le sentía algo caliente.

La enfermedad empezó á manifestarse con cierta brusquedad varias horas después, por vómitos, calentura y algunas convulsiones. Se procede, según es costumbre en estos y otros casos, á administrar al enfermito un purgante, mientras se envía á llamar al médico. La madre elige la magnesia anisada del fabricante H, que según la opinión del Dr. X, no debe faltar en ninguna casa donde haya niños y cuyas cualidades conoce muy bien por haberla empleado muchas veces en las enfermedades de las criaturas que se le murieron y que no puede olvidar. Pero el niño vomita la magnesia apenas se le ha hecho tragarla, y se hace necesario repetir varias veces el intento, antes de tener que renunciar á él, en vista del mismo y constante resultado. Cuando el médico llega, las convulsiones han seguido, la temperatura alcanza 39 grados, la agitación es constante, y los vómitos no han cesado.

—No hace el niño más que mamar un poco, para arrojarlo luego; ni un momento ha dejado de llorar, dice la madre, y acaba de

tener una evacuación abundante, tal vez con cólicos, porque entonces ha llorado más fuerte.

El facultativo juzga indispensable vaciar el estómago y evacuar el intestino. Prescribe, en consecuencia, un vomitivo, que será seguido á las tantas horas de un purgante de calomel ó de aceite de ricino; las mamadas deberán ser de corta duración y á largos intervalos; ó bien se olvida de recomendar nada sobre este último punto.

—Pero esas convulsiones, doctor, y ese estado de agitación que no cesa un instante y que á mí me hacen un efecto atroz. Yo creo que me muero si esto sigue así. Mándele Ud., por Dios, algo para calmarlo, y á mí también. Se conoce que padece mucho el pobrecito, pero yo sufro mucho más y me siento próxima á volverme loca.

—Vamos á atender á todo eso, señora. Pierda Ud. cuidado, pues es de esperarse que todo esto pasará pronto. Aquí le dejo esta receta de bromuro para el niño; y en cuanto á Ud., mande á comprar tal preparación de patente: es una medicina *nueva*, muy eficaz, y con la que de seguro obtendrá Ud. la tranquilidad que necesita.

Al día siguiente, la madre informa que el vomitivo produjo sus efectos desde las primeras dosis, no bien acababan de ser ingeridas; si se hubieron de administrar algunas más, fué para ver de conseguir la expulsión más completa posible de la bilis acumulada en el estómago. Había salido en cantidad bastante grande, y todavía no se agotaba. Ahí estaba el último vómito de flemas amarillo-verdosas para atestiguarlo. El purgante pareció haber sido vomitado también; pero de fijo debió de quedarse una parte importante de él, pues no ha dejado el niño de tener deposiciones, primero amarillas y luego verdes, todas espumosas y con muchos grumos de leche cortada; sólo las dos últimas han sido un poco descoloridas, y casi como agua.

A la vista escrutadora del médico no se le escapa que el cuadro se ha convertido en grave: si la agitación es un tanto menor, es que empieza á ceder el puesto á la postración; los gritos no interrumpidos de la *víspera*, tienen ahora intervalos más ó menos largos de quejidos dolientes; la orina tiñe de rojizo los pañales; las fauces se adivinan ardientes; y el estado general principia á hacer ostentación de grande resentimiento.

La madre se queda desolada, porque si bien el médico ha procurado sosegarla con palabras tranquilizadoras, también ha hecho un gesto muy significativo de desagrado por el estado en que encontró al niño. La situación parece ser muy seria, y es necesario no darse punto de reposo. Afortunadamente son ya numerosas las amistades que se ofrecen para velar por turnos, de suerte que á ninguna hora se dejará de dar la medicina prescrita. Ya lo ha dicho el médico: conviene obrar con toda energía. Y si él está dispuesto á desarrollar todo el empuje de su actividad terapéutica, para oponerse al rápido incremento de la enfermedad, la familia, cueste lo que costare, no ha de quedarse atrás en la parte que le incumbe. Se hará todo lo posible. ¡Vaya que sí se hará! ¡No faltaba más sino que el niño fuera á morir por falta de lucha!

Y se empeña ésta con ardor: entran en campaña la poción de Rivière, el piramidón, el ácido láctico, el calomel, el salol, el benzonaftol, el benzoato de sodio, el bismuto; los grandes lavados intestinales con permanganato, agua oxigenada, ácido bórico; y á su tiempo vienen las inyecciones de suero, de estriquina, de cafeína, de éter, para no citar más que los principales elementos de combate.

—Sólo me queda el consuelo, dice después la madre, entre lágrimas, de haberse hecho todos los esfuerzos imaginables. Aquí está la prueba, agrega mostrando una mesa que ostenta docenas de variados envases con los restos de las medicinas empleadas. El doctor tomó un empeño tan grande y se esforzó á tal grado por dominar la enfermedad, que no sabemos cómo agradecerle ni cómo corresponder á su comportamiento. Llegó á venir hasta tres veces al día, *sin dejar de recetar algo en cada una; pero seguramente Dios había dispuesto llevarse al inocente, porque con ninguna receta se le pudieron cortar las deposiciones que ya en tres ó cuatro días pusieron al pobrecito hecho un esqueleto.*

El médico, por su parte, sigue, impertérrito, tratando en la misma forma todos los casos semejantes; y anotando concienzudamente como éxitos brillantes del método, los en que la resistencia orgánica vence á la coalición de la enfermedad y la terapéutica. Es de suponerse, caritativamente, que no ha llegado á su conocimiento el expresivo apóstrofe de Magendie, dirigido con otro motivo á algunos, mas aplicable, bien mirado, á todos

los jacobinos de la terapéutica, y que dice: *¿pero no habéis ensayado nunca, no hacer nada?*

He aquí un caso de otro género:

Un niño de cuatro á cinco años, sano hasta entonces, es de pronto atacado de vómitos alimenticios primero y luego biliosos; la temperatura se ha elevado en poco tiempo á 39 ó 40 grados; el pulso late al rededor de 120 y la respiración se cuenta sobre cuarenta veces por minuto; el enfermito se queja con insistencia de dolor en el vientre. No se necesita más, bien mirado, no digo para sospechar, si que para afirmar muchas veces la invasión de una pulmonía. Pero el médico llamado para atender el caso piensa en todo, menos en ella.

Siempre me ha parecido una cosa muy extraña, que en esta tierra de endemia neumocócica sea tan raro oír hablar de las pulmonías de los niños. A mi modo de ver, no es debido esto á la poca frecuencia de la enfermedad, sino á la mucha de su desconocimiento: justamente por ser común que ni siquiera se piense en semejante dolencia, como en el caso que vengo desarrollando. Hasta pudiera haberse hecho un examen escrupuloso del aparato respiratorio, durante el primero y el segundo, quizá también el tercero y aun el cuarto día; mas el pequeño paciente no ha tenido la fortuna de contar con un foco neumónico bastante superficial para soplarle al médico el diagnóstico en la oreja; y como nada raro es que la tos sea escasa y hasta nula, y como también, por otra parte, en el tubo digestivo sí es de regla encontrar manifestaciones, aunque no sean más que los vómitos, persistentes á veces, la anorexia y la saburra de la lengua, se consideran estos elementos apoyo suficiente para establecer el grande y popular diagnóstico de *infección intestinal*, al cual tengo por el más grande encubridor de muchos errores y explicativo de muchos yerros no siempre justificados.

En efecto, sin meterme, por ser fuera de lugar, á reprochar á este diagnóstico el enorme defecto que ya posee en sí, de ser genérico y no específico, y limitándome á juzgarlo tal como generalmente se le toma entre nosotros, esto es, como designativo de un estado febril y anoréxico cualquiera, de varios días y aun septenarios de duración, y no explicado por otra causa mientras **persiste**, ¡cuántas veces vemos declarar casos de infección intestinal los que á la postre resultan de pleuresía, de fiebre tifoí-

dea, de padecimientos tuberculosos, etc., etc.! No acierto á comprender si nos ha atacado una prolongada fobia de las infecciones del intestino, ó si nos hemos puesto tácitamente de acuerdo para seguir el procedimiento singular de darle el nombre de infección intestinal á todo estado febril cuya verdadera causa no hayamos podido precisar. Lo único que se me alcanza al discurrir sobre este punto, es que el diagnóstico en cuestión resulta extraordinariamente cómodo para salir del paso, cuando no se sabe lo que tienen los enfermos; á reserva, naturalmente, de al definir con exactitud el padecimiento, declarar á éste dolencia intercurrente, ó bien, complicación. Entre paréntesis, nada de esto obsta para hacerme reconocer que la singularidad del mencionado procedimiento de ninguna manera le quita la cualidad de ser muy médico: como que está íntimamente emparentado con el seguido en las extensísimas aplicaciones del yoduro de potasio, las cuales, según dicen Nothnagel y Rossbach en su obra de *Materia Médica y de Terapéutica*, podrían resumirse en una fórmula condensada, diciendo que se prescribe esta droga en todos los casos en que no se sabe qué hacer.

Quizá se pretenda replicar á estas apreciaciones que, en la clientela civil,—pues, según parece, el intestino de la gente que concurre á los hospitales está blindado contra este padecimiento,—muchos observadores de nuestra tierra, y de los buenos, son los que encuentran á cada paso y, por ende, aceptan sin discusión la infección intestinal, como entidad nosológica propia de nuestro medio. En tal caso, lo único que podría responder es que si lógicamente no estoy autorizado para negar en absoluto la existencia de semejante dolencia, como entidad independiente, en cambio, tampoco se me podrá impedir que tenga por muy significativo el hecho de no haberse presentado ni uno solo de esos eximios observadores, al llamamiento, con premio de \$500.00, hecho por esta Academia, para definir dicha enfermedad.

Pero observo que, sin quererlo, he roto el hilo de mi segundo ejemplo, y me apresuro á anudarlo.

Una vez cometido el diagnóstico de infección intestinal, se impone la conveniencia de instituir un tratamiento, cuya base la forman toda la serie de los llamados antisépticos intestinales;

accesoria, pero indispensablemente, entra en juego la medicación sintomática: entendiéndose por ésta el empleo de un medicamento contra cada uno de los síntomas penosos para el enfermito ó para la familia. La suerte del paciente es varia, según los casos. En unos, ni él ni la enfermedad se resienten del tratamiento, y sigue ésta su evolución normal, sin darse por entendida: este resultado se toma como uno de los mejores éxitos de la terapéutica seguida contra la infección intestinal. En otros, tampoco logra la medicación hacer mella alguna en la verdadera enfermedad; pero en el paciente se desarrolla una afección del tubo digestivo, de origen medicamentoso, que puede servir de sostén al falso diagnóstico; aquí la curación definitiva se obtiene prontamente, enviando al niño fuera de la ciudad; es decir, lejos de su médico. Hace algo más de dos meses, tuve oportunidad de ver en Mixcoac, á los 21 ó 22 días del principio de la dolencia, un caso de este género, en el que un soplo localizado en el vértice del pulmón derecho, no me dejó ninguna duda respecto de la especie de infección con que el mal se había iniciado. En otros casos más, convéngase en que es razonable achacarle á una terapéutica irracional, no sólo efectos maléficos directos sobre el tubo digestivo y también sobre el estado general del enfermo, sino, asimismo, indirectos sobre la evolución del padecimiento neumocócico, al cual se le proporcionan entonces circunstancias más adecuadas para efectuar incursiones fuera de las fronteras donde, de otro modo, hubiera quedado circunscrito su dominio.

No pongo más ejemplos, pues con los dos apuntados creo haber conseguido hacer las aclaraciones que me propuse.

Para resumir mi modo de pensar acerca del asunto que quise desarrollar y someter á la muy ilustrada consideración de esta Academia, terminaré con estas dos proposiciones:

1^a—Siendo la intoxicación el principal peligro de las enfermedades toxi-infectivas de la infancia, los esfuerzos de la terapéutica correspondiente deben dirigirse, de toda preferencia, á favorecer las reacciones de desintoxicación; lo cual, en general, con nada se puede conseguir mejor que con los baños.

2^a—Entre la expectación pura, sobre todo si se la disimula al modo de los homeópatas, y la actividad terapéutica excesiva

ó inoportuna, es aquélla la que expone á los menores males.

Esta segunda proposición es igualmente cierta lo mismo en medicina que en cirugía.

México, Abril 22 de 1908.

R. E. MANUELL.